

Rehenes por Dolores Cayón Solar

Con el tímido sol de una mañana y una taza de café, atrapada en una noria de emociones, recuerda Luna aquel viernes de marzo, día en el que todo aquello que escuchábamos a nuestro alrededor tomó forma gestándose una pesadilla que iba creciendo fuera de los sueños. Ese quinto día de la semana, se preparaba para recibir a la primavera, pero, en lugar de esperar los “brotes” de la época, apareció la germinación de un ente invisible que, sin tregua alguna, conquistaba parcelas de humanidad.

Su contrato, iniciado a últimos de febrero, indicaba: *Refuerzo por Gripe*; un eufemismo para ocultar la que se venía encima. Los primeros 15 días, de correturnos y luego *inauguró* la primera planta COVID que se habilitó. Cada día, Luna llegaba a su trabajo, a la 7ª planta, santuario de la desolación y la acogida de los *infectados*. Unos minutos para ese ritual diario de protección: colocarse el EPI, guantes, mascarillas...y escondiendo tras de sí miedos, rabias, lamentos estériles y sonrisas camufladas entre tanto sufrimiento.

Un paisaje desolador colmado de respiraciones agónicas, toses que salían de gargantas débiles, fluidos corporales, soledad en sus almas y una espera sin esperanza. En esas níveas paredes, *viajeros de la vida*, veían pasar el tiempo en relojes blandos que distorsionaban su realidad.

Al principio, un EPI para el personal que cuidaba a estos pacientes; más tarde, a medida, que avanzaba este *enemigo*, la misma *indumentaria* servía para todos los ingresados en la planta. Estirando recursos materiales y humanos.

Y las cifras, *in crescendo*: las de los que se fueron sin fecha de retorno, las que cambiaron el hospital por su hogar, las que mantuvieron su integridad sin salidas al exterior para evitar engrosar otras cifras más...Y así, cada noche con su día, envolviendo la rutina con alientos fétidos de muerte y enfermedad y buscando el cobijo de un lejano amanecer en el que juntáramos las horas en quehaceres cotidianos.

Al término de su jornada, Luna repetía el mismo ceremonial al llegar a su casa: se desprendía de toda la ropa, lavado aislado de la misma y ducha inmediata para que fluyera por el desagüe el olor y el dolor del desahucio humano. Tratada de desprenderse de esa maleta llena de equipaje solitario, con destino incierto.

Pero, a pesar del esmero en aplicar las medidas preventivas, el *visitante* acogió en su seno a Luna; cansancio, sin fiebre, algo de agotamiento....síntomas que achacaba al estrés de la situación que estaba viviendo. Las pruebas empatizaron con el virus y Luna se contagió. Pasadas unas semanas, ya inmunizada, continuó su labor. El personal sanitario no se podía permitir enfermar.

Aplausos al atardecer, canciones solidarias al mismo tiempo que las vidas se desvanecían en soledad, los recursos “mermaban” y la vertiginosa presencia del virus invadía cada rincón de nuestra existencia. Cosecha de vidas acabadas yéndose en soledad, con el sabor amargo de una despedida sin adiós.

En el diario de Luna, sus hojas siguen tiñéndose de oscuras vivencias ; cada palabra escrita evoca todos los momentos acumulados en los que la piel se olvidó de los besos, abrazos, del suave roce de unas manos, unos labios...Y aparecieron las distancias con gestos y palabras de cariños ahogados. De cómo apareció el tabú del estornudo, del dolor de cabeza, del malestar general... por si el contagio hubiera entrado en tu vida y te convirtieras en un *apestado*. Desconfianza, miedo, rabia, recelo, angustia, dolor, soledad,...anegaron el calendario diario.

Ya ha pasado más de un año y Luna continúa en su viaje emocional, esperando que vuelva una brisa que acaricie el presente, aprendiendo del hoy para proteger el mañana, con el leve murmullo del dolor mitigado.